

II

EL PRESIDENTE. — El C. Diputado Altamirano tiene la palabra en contra.

EL DIPUTADO ALTAMIRANO :

SEÑOR.

Con toda la conciencia de un hombre puro, con todo el corazón de un liberal, con la energía justiciera del representante de una nación ultrajada, levanto aquí mi voz para pedir á la Cámara, que repruebe el dictámen en que se propone el decreto de amnistía para el partido reaccionario.

Y pido así, porque yo juzgo que este de-

Este discurso contra la *amnistía* fué pronunciado en una de las sesiones del segundo Congreso constitucional de México (Julio de 1861). El dictámen, defendido por numerosos y afamados representantes, fué reprobado por una gran mayoría.

creto sería hoy demasiado inoportuno y altamente impolítico.

Comenzaré diciendo : que respeto como nadie las virtudes de los señores diputados que han suscrito el dictámen, que reconozco en ellos un excelente corazón lleno de sensibilidad y de clemencia; pero entiendo que ellos se han equivocado al creer que debía la nación perdonar á sus enemigos con la misma facilidad con que estos señores por su carácter generoso perdonan á los suyos. Es decir, han confundido á su propio individuo con la nación entera, y en eso está el error, en mi concepto.

Cumplido este deber que me imponía mi franqueza, voy á abordar luego la cuestión.

He dicho que el decreto sería inoportuno é impolítico. He aquí mis razones :

Sería inoportuno, porque la clemencia, como todas las virtudes, tiene su hora. Fuera de ella no produce ningún buen resultado, ó hablando con toda verdad, produce el contrario del que se deseaba.

La amnistía, señor, es el complemento de la victoria, pero debe seguir inmediatamente á ésta. La historia de todas las naciones nos

lo dice, y está en la naturaleza de las mismas cosas.

Un vencedor que acaba de derrotar á sus enemigos, que aun conserva en sus manos la espada sangrienta de la batalla, á quien se supone sañudo aún y sediento de venganza, y á quien se vé repentinamente deponer la expresión terrible del semblante, arrojar esa espada amenazadora y abrir los brazos para estrechar contra su seno á sus enemigos humillados y trémulos de espanto, á este hombre, digo, se le admira y se le ama.

La grandeza de alma seduce, porque el corazón humano admira por instinto todo lo que es grande y sublime. Cayo César se conquistó mas simpatías con su generosidad en Roma, que con su espada en Farsalia, y los romanos ébrios de entusiasmo y de gratitud, dedicaron en su honor el templo de la Clemencia.

Enrique IV, el Hugonote, se hizo amar de sus antiguos enemigos con su *perdon general*.

Pero César y Enrique IV fueron oportunos.

Porque en efecto, señor, la amnistía es el olvido total de lo pasado, es un perdon ab-

soluto: la amnistía debe concederse como un don de la misericordia, como una concesion que hace la fuerza á la debilidad; es la cólera que absuelve al arrepentimiento. Pero nosotros ¿ nos hallamos en ocasion de perdonar? He aquí la cuestion. Y puede responderse con igual exactitud.

« Ya no es tiempo ó todavía no es tiempo. »

Si despues del triunfo de Calpulalpan, el gobierno hubiese soltado una palabra de amnistía, si hubiese abierto los brazos á los enemigos de la paz pública, esto habria sido inmoral, pero quizá habria tenido éxito, porque tengo por cierto que al gobierno liberal le quedaban entonces dos caminos que tomar, el de la amnistía absoluta, franca, ó el terrorismo, es decir la energía justiciera.

El gobierno no tomó ninguno de estos dos senderos, sino que vacilante en sus pasos, incierto en sus determinaciones, rutinero en sus medidas, fué generoso á medias, y justiciero á medias, resultando de aquí, que descontentó á todos y se hizo censurar por tirios y troyanos.

Y no se diga que calumnio: la nacion lo sabe; México lo ha visto; cuando se esperaba

justicia seca y dura, el gobierno desterró á los obispos, en vez ahorcarlos, [como lo merecian esos apóstoles de iniquidad; echó á unos empleados y á otros no, de los que habian servido á la reaccion; perdonó á Diaz, cuyo cráneo debia estar ya blanco en la picota; fusiló á Trejo, porque aunque era culpable pertenecia á la canalla; y perdonó al asesino Casanova porque era *decente* y tuvo quien se empeñase por él: absolvió á Chacon: consintió á Caamaño, fué el juguete de Montaña, iba á emplear á Ismael Piña y en fin, él tiene la culpa de que muchos de esos bandidos se hayan ido con Márquez, y ha mostrado suficientemente que no tiene ni el don de la oportunidad, ni el valor de la justicia.

El resultado ya lo estais viendo, legisladores; nada os diré acerca de él. Pues bien: lo que no se hizo despues de Calpulalpan, es ya imposible ahora.

El gobierno con sus desaciertos hizo que la revolucion no terminase entonces definitivamente; hizo que se perdiese mas en seis meses, de lo que se perdió en tres años, porque la nave constitucional que tan serena ha caminado en tiempo de tormentas, está próxima á

zozobrar al tocar el puerto; si señor; hoy pese á los optimistas, nos hallamos en plena revolucion; hemos sufrido sérios descalabros; la reaccion es imponente; no vencerá, pero se bate con una fiereza terrible; la gran victoria no está muy cercana, los reaccionarios que no están en campaña suministran toda clase de recursos á los que están; *esos infelices que gimen en los escondites*, como dice el señor Montes, conspiran desde allí de mil maneras; las esperanzas de esta faccion maldita renacen; las partidas de Márquez acaban de visitar las calles de la capital y..... ¿es ahora cuando vamos á ofrecer la amnistía?

¡Hermosa ocasion por cierto!

La amnistía ahora no seria la palabra de perdon, no seria la caricia de la fuerza vencedora á la debilidad vencida; seria..... una capitulacion vergonzosa, un paracaidas, una cobardia miserable.

No; la Representacion Nacional no abdicará de ese modo su dignidad, no irá de rodillas á poner su ley en manos de los bandidos, no rendirá esos párias al Moloch del clero.

Si tal hiciese, maldeciria yo la hora en que el pueblo me ha nombrado su representante.

Reflexionad, legisladores : si hoy decretásemos la amnistía, el partido reaccionario diria y con razon : « Nos tienen miedo y nos halagan. » « El Congreso fija la vista con terror en el sombrío Monte de las Cruces y en el cadalso de Ocampo, y teme por sí mismo. » Y no, ¡vive Dios! El Congreso no teme, porque el Congreso es la nacion, y la nacion que ha luchado por tanto tiempo contra las grandes huestes de estos foragidos, no vendria ahora á temblar delante de uno solo.

Ya veis pues que la ocasion no es propia, y por lo mismo el decreto seria inoportuno.

He dicho que seria ademas impolítico, porque es impolítico todo aquello que no conduce á la felicidad pública, todo aquello que no tiende al buen gobierno de los pueblos.

Hasta aquí, Señor, se ha creido en México que la política consiste en la vergonzosa contemporalizacion con todas las traiciones, con todos los crímenes; hasta aquí ha sido la divisa de la mayor parte de nuestros gobiernos, el *hoy por tí y mañana por mí*. Pues bien señor, eso es infame, esa será una política, pero una política engañosa é indigna.

Nosotros pertenecemos al partido liberal,

que es el partido de la nacion, y no debemos aquí imitar al viejo dios marino, tomando diferentes formas y disfraces; aquí debemos tomar nuestro color propio y seguir rectos nuestro programa. Basta de Proteos políticos influenciando en la opinion.

O somos liberales, ó somos liberticidas: ó somos legisladores, ó somos rebeldes: ó jueces ó defensores.

La nacion no nos ha enviado á predicar la fusion con los criminales, sino á castigarlos.

Lo contrario seria hundirla en un abismo de desdichas y de horrores.

Perdonar al partido conservador en México, jamás ha producido buenos resultados: seria impolitico, pues, perdonarlo mas.

La clemencia en teoría es bellissima, lo confieso; pero en la práctica nos ha sido siempre fatal. Nos bastará echar una ojeada retrospectiva á nuestros últimos años. Os referiré hechos individuales, y los referiré porque los hechos personales caracterizan al individuo colectivo; porque ellos son el resultado del programa de una faccion.

Después de la revolucion de Ayutla, el ilustre general Álvarez determinó perdonar

á todos los santanistas, que no pudiendo vencerlo, llevaron el incendio y el asesinato á los pobres pueblos del Sur. Jamas había sido llevada la clemencia á un grado tal de abnegacion. Estando en Cuernavaca llamó á Don Severo del Castillo, y este caballero de la edad media, *este tipo de delicadeza militar*, acudió al llamamiento, al cabo de mil instancias y órdenes. El general Alvarez le recordó el hecho infame de haber incendiado su modesta finca rural. Castillo se disculpó temblando; entonces el general le dijo: que en pago de aquella accion, le confiaba el mando de su antiguo batallon de Zapadores. Castillo, conmovido ó fingiendo conmoverse por esta hermosa accion, iba á postrarse á los piés del anciano caudillo, cuando éste lo contuvo, diciéndole: que no le agradaban esos actos, que degradaban al hombre y envilecian al soldado.

Castillo agradecido juró eterna fidelidad al gobierno de Ayutla; y ¿qué sucedió? Ya lo sabeis: á pocos dias, con la brigada que le habia confiado Comonfort, se pronunció contra el Gobierno.

¿Y Osollo perdonado y mimado vergonzoso?

samente por Comonfort? ¿Y Miramon perdonado tambien? ¿Y Gutierrez? y tantos otros cuya lista es larguísima, qué han hecho? Creer la clemencia debilidad, y morder la mano que se les alargaba. He citado hace poco á Chacon, á Caamaño, á Montaña y á otros que están con Márquez, y debo añadir todavía: ¿qué hicieron los prisioneros que Gonzalez Ortega salvó en Silao? ¿No los volvió acaso á encontrar en Calpulalpan? Señor: al partido reaccionario lo caracteriza la ingratitud, y ser generoso con ingratos es sembrar sobre rocas, aquí y en todos los pueblos.

Dije que César y Enrique IV habian sido oportunos, y á pesar de esto la ingratitud, no el amor pátrio, armó los brazos de Bruto y Casio contra su bienhechor, que los habia perdonado y agraciado con la pretura; y el fanatismo puso el puñal en manos de Ravailac. Pues bien, aquí nos encontramos precisamente con la ingratitud y el fanatismo.

¿Y nosotros vamos aún sin escarmentar, á ofrecer á los enemigos de la nacion oportunidad de hacernos mal?

¿Sobre todo, señor, se trata de perdonar delitos políticos leves? No: se trata de perdo-

nar un crimen, el mas grande de todos, el de lesa nacion.

La República mexicana se habia constituido; ella habia elegido popular y espontáneamente su gobierno y se habia dado una ley fundamental. Pues bien, estos hombres han atentado contra ese gobierno y contra esa ley, y han atentado, llenando de luto, de desolacion y de sangre á la nacion entera. No hay un lugar en la República que no esté señalado con la huella salvaje de esa faccion rebelde. No hay crimen que no haya cometido. ¿Se necesitará recordar los asesinatos de Tacubaya, de Cocula y de la *Esperanza*; se necesitará evocar las sangrientas imágenes de Larios, de Ocampo, de Degollado y de Valle? ¿Será preciso que veais las propiedades destruidas, los campos talados, los pueblos pereciendo de miseria, la bancarrota en el erario y nuestro suelo todo, manchado aún con la sangre de nuestros hermanos?

Y mirad que en todo esto no solo tiene culpa el gefe que manda; sino tambien el subalterno que obedece, porque todos son ruedas y partes de esa maquina horrible de destruccion.

¿Y vamos á perdonar á esos hombres? ¿Es que no advertimos la indignacion nacional?

¿Es que no conocemos lo que es justicia?

No: seamos una vez dignos, seamos una justicieros. Ya basta de transacciones y de generosidad estéril. ¡Justicia y no clemencia!

Verguenza dá, señor: se está absolviendo en nuestra presencia á muchos criminales, y no alzamos la voz; aun viven Isidro Diaz, Casanova, y muchos de esos acusados; su causa lleva trazas de no acabarse nunca; la justicia nacional reclama su castigo; el verdugo debia haber dado cuenta de ellos hace tiempo, y es de creerse que lejos de sufrir la pena merecida, dentro de poco vayan á dar un paseo por París, si es que no los encontrais un dia por esas calles.

Esto repugna: por fin, ¿la magestad nacional ha de seguir siendo el rey de burlas de todos los bribones? ¿No hay aquí respeto á la virtud y ódio al crimen? ¿Se castiga al asesino de un hombre, al ladron de un caballo, y no hay pena para el que incendia pueblos enteros, para el que roba los caudales públicos, para el que vierte á torrentes la sangre mexicana?

En vez de leyes orgánicas, en vez de castigos pronto, en vez de alzar la guillotina para los traidores, se nos pone delante una tímida ley de amnistía.

¿Y esto en momentos de ver los cadáveres de nuestros hombres ilustres con los cráneos deshechos, con la horrible equimosis que produjo la cuerda con que los colgaron?

¡Oh manes de nuestros amigos sacrificados.... pedid venganza á Dios...! ¡Nosotros pensamos perdonar á vuestros verdugos y á los amigos de vuestros verdugos!

Yo bien sé que disgusto á ciertas gentes, espresándome así con esta energía franca y ardorosa; yo sé que no son estos los sentimientos de esos políticos de biombo que se estuvieron impasibles durante la lucha, sin apiadarse de la afliccion de la patria y complaciéndose en los horrores que pasaron fuera de la capital.

Pero yo no quiero transacciones; yo soy hijo de las montañas del Sur, y desciendo de aquellos hombres de hierro que han preferido siempre comer raices y vivir entre las fieras á inclinar su frente ante los tiranos y á dar un abrazo á los traidores.

Sí; yo pertenezco á esa falange, de parti-

darios que pueden llamarse : « los Bayardos del liberalismo, » sin miedo y sin tacha.

Desde que salí de las costas para venir á este puesto, me he resignado estoicamente á perder la cabeza, y mientras yo no la tenga muy segura sobre mis hombros, no he de otorgar un solo perdon á los verdugos de mis hermanos. Yo no he venido á hacer compromisos con ningun reaccionario, ni á enervarme con la molicie de la capital, y entiendo que mientras todos los diputados que se sientan en estos bancos no se decidan á jugar la vida en defensa de la magestad nacional, nada bueno hemos de hacer.

Pero yo creo que el Congreso sabrá mostrar á la Nacion que se halla á la altura de sus deseos, y que comprende su mision santa. Yo creo que el legislativo dirá con frecuencia al ejecutivo en presencia de cada malvado, lo que Mario á Cinna en presencia de cada enemigo : « Es preciso que muera. »

Nosotros debemos tener un principio en lugar de corazon. Yo tengo muchos conocidos reaccionarios; con algunos he cultivado en otro tiempo relaciones amistosas, pero protesto que el dia en que cayeran en mis manos, les

haría cortar la cabeza porque antes que la amistad está la patria; antes que el sentimiento está la idea; antes que la compasion está la justicia.

¡Y qué!... ¡El Sr. Ocampo, un solo hombre, tendria la grandeza de alma necesaria para decir : « yo me quiebro, pero no me doblo; » y el congreso, es decir, la nacion entera, iria á decir ahora : « ¿ Yo sí me quiebro, y me doblo y me arrastro ? »

Es un insulto á la Representacion nacional suponerlo.

Yo os ruego, legisladores, que pongais la mano en vuestro corazon, y que me digais : ¿ podrá haber amistad sincera entre el Partido liberal y el reaccionario? ¿ Se unirán los hombres del siglo XV con los del siglo XIX? ¿ Los hombres y las fieras?

No : ellos ó nosotros ; no hay medio.

Si pensais que ese partido está débil, os equivocais ; carece de fuerza moral, es cierto ; pero tiene la fisica. Se han quitado al clero las riquezas, pero no pueden quitársele sus esperanzas ; y sobre todo, esos bandidos que capitanea Márquez, acabando de rumiar el último pan del clero, se lanzan ya sobre la propiedad

de los ciudadanos, y ved que porvenir se espera á México todavía por algunos años, si la mano terrible de un gobierno enérgico y poderoso no viene á salvar la situacion.

No : reprobad ese dictámen; perdonar sería hacerse cómplice. Jesucristo perdonaba en su cadalso á sus verdugos, pero se trataba de ofensas personales y no de las de una nacion infeliz... No imiteis á ese mártir generoso, porque no estais en su caso, y perderiais con vuestro evangelismo exagerado á la República. Levantaos justos, severos, terribles, y decid á los rebeldes lo que Dios, por boca del profeta: Empleásteis la espada..... y la espada caerá sobre vosotros!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERRÉY, MEXICO

III

CIUDADANOS :

Si el orgulloso déspota que hoy impera en la nacion mas poderosa del mundo hubiese sido capaz de comprender los prodigios gigantescos de nuestra insurreccion, si hubiese sido capaz de admirar nuestra epopeya de once años, nunca habria creido como cree, cegado por su soberbia, en la reconquista de la patria de Hidalgo.

Si el pueblo mexicano, á semejanza de un

Discurso pronunciado el 16 de Setiembre de 1862, en la Alameda de México, por encargo de la Junta patriótica.

Fué el último discurso republicano pronunciado en la ciudad de México antes de 1867, por que en Junio del año siguiente la ocupó el ejército frances invasor.

3452